

## LA POSADA AL FINAL DE LA TIERRA

---

—No acostumbro a entrar si no hay clientes.

Al viajero le pareció que la voz salía de entre carozos secos que rechinaban al rozarse. A aquella anciana, si alguno le quedaba, debían bailarle los dientes. Estaba sentada sobre el fósil de un tocón y el viajero le había preguntado por qué no se resguardaba de la ventisca. A dos pasos, al borde del acantilado y casi colgando sobre el mar picado, se levantaba una cabaña de piedra negra. Sus muros parecían a punto de desmoronarse y parte de la cubierta de enramada estaba hundida. Pero al viajero, después de dos jornadas guiado por los *cairns* que plantaron otros peregrinos entre escarpas y quebrajas, se le antojaba un palacio. No alcanzaba a comprender por qué la anciana prefería la cellisca antes que la prometedor esprial de humo que brotaba de la chimenea.

—¿Clientes? —inquirió el viajero—. ¿Es pues esa cabaña lugar donde los caminantes pueden disponer de colación y reposo?

La anciana alzó la cabeza y una costra de aguanieve se desprendió de la caperuza que embozaba su rostro. El viajero escuchó de nuevo aquella voz que sonaba a hueso triturado.

—El dueño es buen amigo y estará encantado de cederle un sitio cerca del fuego.

Bajo el capote, el viajero palpó con disimulo las bolsas que ocultaba en el fajín.

—No sé si podré pagar a su amigo por su hospitalidad —mintió.

—Descuide, llegarán a un acuerdo. Presume de ser hábil negociador pero siempre recibe junto a su fuego a cualquiera que sea aceptado por su perro.

La perspectiva de someterse al examen de un sabueso no agradó al viajero. Le preocupaban sus ropas manchadas de sangre. La mayor parte era de los dos rentistas a quienes había desvalijado cuando volvían de sus propiedades por las veredas de

Pembroke. El resto manaba de su propio costado, donde había abierto brecha la posta que el segundo aún había tenido brío de dispararle.

—¿Tiene malas pulgas? —preguntó a la anciana.

—No retroceda cuando se acerque a olisquearle y se lo habrá ganado. Aunque esté prevenido, porque es grande y su aspecto resulta peculiar.

De la cabaña, como si el guardián se supiera nombrado, llegó el aullido de un perro. Se confundió con el estallido de las olas contra las rocas y el viento pareció multiplicarlo, dando la impresión de que aquel animal aullara por tres gargantas. El viajero consideró tomar la bolsa de la anciana y escabullirse, pero estaba demasiado cansado.

—¿Viene? —preguntó a la anciana cuando decidió acercarse a la cabaña.

—Me quedaré un poquito más, por si llega otro viajero desde el otro lado.

—¿Prefiere seguir a la intemperie? —insistió el viajero, recelando de nuevo.

—Son manías, no me haga caso. Solo quiero saludar a todo el que se acerca hasta aquí. Algunos viajeros no se paran y siguen adelante porque aún es largo el camino que les resta. Me gusta entonces conversar con ellos y aventurar lo que les aguarda. Así, si un día volvemos a cruzarnos, nos trataremos como viejos conocidos.

El viajero llegó hasta la cabaña y, cauteloso, se detuvo bajo el dintel.

—Entre sin llamar —recomendó la anciana elevando la voz—. Yo voy ahora.

El viajero trató de atisbar el interior entre las rendijas del portón.

Detrás de él, la anciana enderezó su espalda encorvada. Se echó hacia atrás la caperuza y descubrió un cráneo mondo. Los copos de nieve resbalaron por la película transparente y tensa que cohesionaba sus piezas. Con una mano sacudió la escarcha del mango de la guadaña que yacía sepultada junto al tocón petrificado. Apoyándose en ella se levantó con un chasquido que sonó como un arrabel y caminó, despacio, hasta el viajero que aún mantenía la nariz pegada a la madera.

Suavemente, rodeó sus hombros con un brazo consumido y empujó el portón.